

EL CORONEL

Por Roberto RUIZ

HAY QUIEN DUDA de su estrella o de su talento o de la legitimidad de las dinastías o de la posible y profetizada cuarta persona de la Trinidad. No falta quien dude de la duda misma y elabore inmensas telarañas de pensamiento como las grises o doradas, según el rumbo del sol, que calzaban las cuatro esquinas de esta habitación sombría de estudiante, mal abierta a un patio con humaredas y gorgoritos de ópera. Pero en plena ciudad deslucida de polvo, entre fondas, viviendas y caños de ascensor, por calles atestadas de abrigo y bufandas, dudar a secas de la existencia de los demás, de sus gritos, bocinas, gemidos y desmayos en los túneles, eso ya es otra cosa, ya es capricho o delirio o lucidez o el pacto de tristeza que firma un niño por seiscientos años. Miraba el estudiante por la ventana del cuarto y daba vueltas y vueltas a una infinita lotería de huesecillos secos; un dolor plano y metálico le corría de oído a oído tras haberle quitado a zarpazos casi todo el sueño de la noche. Miraba sin moverse, de frente, adivinando la vertical furiosa de la ciudad altísima empeñada en clavar en el cielo sus bayonetas romas, desiguales.

Alta ciudad. Llena, vacía de silencios. Los silbatos, las campanas, las voces iguales y sin vida. Todo entre caras huecas, de ojos fijos. Los domingos a misa, bajo sombreros tiesos, recién comprados. Niños idénticos y amarillos, perros atados, faroles duros y pálidos, sin calor y sin guiños de sombra. Alta ciudad.



Hoy (domingo) tiraba el estudiante frente a la ventana de una ristra de peces asfixiados, ideas flojas y aisladas en el sargazo del dolor de oídos, cuando zumbó la chicharra de la puerta. Al abrirla entró la bufarada de petróleo y alfombras viejas del pasillo y apareció un señor muy arropado, altas las solapas, el tapabocas hasta las orejas y un sombrero de pelo en la mano. Con el habla le salía un globito de humo como a los personajes de las historietas:

—Perdone ¿no vive aquí el coronel Azara?

—No señor. Aquí sólo vivo yo.

—¿Y no sabe...?

—No sé. Llevo muy poco tiempo en la casa.

El estudiante iba a cerrar la puerta y volver a lo suyo. Pero el señor no llevaba trazas de despedirse y se quedaba allí en pie, como un perrito, la nariz colorada y nublado el resuello y, ahora que la bufanda se le caía un poco, anchas y bien cuidadas las patillas canosas. Fuera hacía frío y la mañana se presentaba redonda y aburrida... El señor al entrar se frotaba las manos, y al quitarse el abrigo puso a la vista otro más raído, verdoso. Como para explicarse:

—Tumba el viento como una cañonada por esas calles y yo estoy hecho a otros climas. No crea que le tengo miedo a la nieve: he visto tempestades de seis y siete días. Pero... voy para viejo, tengo menos hervor en el cuerpo...

Se había deshecho del segundo gabán, de la bufanda y de un chaquetón con botones dorados, y se sentó en el borde de la cama. De pie, la voz le salía derecha y algo brusca; ahora se le quebraba con el cuerpo, y tomaba una curva débil y misteriosa:

—Hace ya tanto, tanto tiempo que busco al coronel... Sé que vivía por estos barrios, que tenía una gran casa con jardín, que recibía mujeres y regaba unos girasoles

altísimos... No sé, la casa ya no existe y él se mudó a un cuartito, uno de éstos, en este edificio, en el otro contiguo, en esta calle o quizá algo más cerca del parque. Se le ha visto aparecer de noche entre unas estatuas, o en alta mar, en medio de un baile. Nunca se sabe dónde está.

—Y... ¿es amigo suyo?

—¿Amigo? Más, hermano. Juntos servimos, juntos nos retiramos. Ah, créame, es hombre extraño. Yo no logré entenderle, y le hacía sufrir. Por fin yo me casé, él se casó, nos separamos. Luego me di a buscarle, no recuerdo su cara. Sé que anduvo por esta ciudad, es más, yo he estado en su casa una noche. Me canso mucho. Esos números largos, que crecen y crecen, esos ascensores interminables, esos parques sombríos, maltrechos, y aquel cementerio liso y blanco, sin un árbol...

—No sé. Yo no oigo nada. No veo nada. ¿Por qué se quejan todos del ambiente, del mundo? Yo paso por aquí como el cuchillo que desgarrar un papel. Si me dan un codazo en la calle no vuelvo la cabeza.

—No, no. En mis viajes con el coronel hemos visto morir a la gente en las esquinas, y alguna vieja se acercaba siempre a encender una vela y rezar.

—Gesto, costumbre. ¿Qué piedad puede haber? Otra cara, otro camino; cada cual entre sus murallas, ya enterrado, y yo en las mías sin reñir con nadie.

—El coronel nunca le hubiera permitido decir esto. Él era y es hombre poseído de vida, que nunca cedió a nadie lo que él creía suyo; de ahí que respetara lo de todos y lo viera de cerca y supiera lo que era la mano de un prisionero, atada a un poste. El coronel vivía hora por hora, sin trazarse principios ni exigir que la gente calzara a la medida los moldes que él había recortado. Yo entiendo la tristeza, la soledad, el tedio del que huye... pero créame, se confunde con el juego trágico del que no le ha tomado cariño a su vivir.

—¿Vivir? No lo sabemos. De los demás no sé sino que se ponen botas altas para vadear la nieve y se abren paso a golpes al subir al tranvía. Sé que en cada casa hay una máquina que enhebra imágenes y otra que ordeña el agua de las nubes. Nada más. Que vivan es dudoso. Sólo ellos me lo afirman, y también de manera floja y gris...

—Y a su edad ¿no se duele usted de algo, o se alegra, o se desprecia un poco?

—Yo estoy aquí frente a la ventana y llega usted y le escucho y luego canta alguien por el patio. Mañana vuelvo a clase y veo gente y ellos me ven y un policía juega con su estaca y cae la nieve. ¿Y eso qué? ¿Eso es vida? De arriba a abajo una cuadrícula de madrigueras cerradas o de nichos atestados. Salgo de aquí, voy a lugar idéntico, sillas, tapices, voces, una voz de saludo, una de despedida, otra de té con pastas... Si algo llevamos dentro ¿no sería todo más firme y más audaz, más variado, más lúcido? Esperar, ya viene, ya, a la vuelta de una esquina lo hallaremos... y nada, solos y sin fuerzas en una balsa perdida entre otras iguales, insensibles, cerradas en un viento que ahoga las palabras, o las tuerce y las quiebra.

—Hay que buscar. El coronel entraba en las tabernas y de una palmada rompía el cansancio bestial del ambiente y elevaba amistades como hermosas torres de cohetes. Yo que le he conocido y le he perdido, le busco todavía. Es un hombre que vale la pena, que le daría a usted energías y gozos y ganas de vivir. Búsquele usted conmigo, venga, acompañeme, ya no está lejos. ¿Qué echaría usted de menos? ¿Esta inactividad, este nomadismo frío, de satélites? Anímese y ayúdeme, mire que yo me cansaré muy pronto, y el coronel Azara es robusto y eterno y le sobrará vida para esforzarnos a los dos...



El estudiante, vuelto a la ventana, encogía los hombros desplomados.

—¿No quiere? Mire, yo saldría a buscarle por las tardes, usted por las mañanas, o a la noche. Es cuestión de subir escaleras, no muchas, y llamar a las puertas, y preguntar sin temor por el coronel Azara. Un día, cuando menos lo pensáramos, se nos aparecería, nos tendería la mano, seríamos sus amigos como lo he sido yo tantos años y días... Hágame caso, póngase de pie, deje atrás ese dolorcillo inocente, tenga valor...

Se volvió el estudiante con una pequeña sonrisa. El otro se enfundaba despacio en la chaqueta y en los dos abrigos.

—Adiós. Sé que es difícil acercarse, entenderse. La gente desconfía, y se burla, o ataca. Pero hay que seguir. No puede hundirme. Alguien vendrá conmigo, usted mismo quizá, con el tiempo: el invierno se acaba, como todo.

Ya calado el sombrerete de pelo, sacó una cartera de mil pliegues y de ella una tarjeta, "por si acaso..." La guardó el estudiante en el bolsillo, y al oír el chasquido de la puerta cerrada se puso a dibujar flechas y grecas en el helado vaho de la ventana. Luego abrió la alacena y mordió en la última manzana verde. El patio se llenaba de humo oscuro, que ponía en los cristales salpicones de hollín. Abajo un perro escarbaba en un montón de basura. Paso a paso el estudiante fue a la mesa y cogió un libro. Lo abrió, miró, se dormía; se aflojó la corbata, se derrengó en el sofá, y por hacer algo extrajo del bolsillo la tarjeta doblada ya en las puntas. No había en ella ni señas ni teléfono; sólo el nombre y el título: PAULINO AZARA, CORONEL RETIRADO.